

UNA JORNADA EN SIGÜENZA, QUE SON MUCHAS

ese emblema guadalajareño levantado en Madrid. Quizá nunca se viese tan acompañado como aquel día, y noche. A las tres de la madrugada, recordaban algunos, todavía seguían allí la víspera de la inauguración, más que mirándolo, admirándolo.

Pues ante él, o junto a él, la réplica del existente en Cubillejo del Sitio, piedra rubia del Alto Tajo, nos reunimos para iniciar una jornada que resultaría magnífica, con la mirada puesta en Sigüenza.

Antes, claro está, tras ese recorrido que siempre agrada cuando se camina hacia la tierra natal, una parada en el Santuario por excepción de la provincia, Barbatona, previo primer paso por Sigüenza que desde cualquier punto por el que se acceda a ella, recibe a los visitantes con la señorial presencia de sus altas torres.

Y primera envidia para alguien que lleva Atienza en el corazón. Allá, esperando a que llegásemos, se encontraba ese gran personaje seguntino que parece sacado a cuajo de la propia historia, y es historia, de la ciudad. Mariano Canfrán, que llegó andando desde Sigüenza.

-Te has perdido -me dijo- la mejor vista de tu pueblo desde los pinares de Sigüenza.

Nunca me había dado cuenta de que, desde Sigüenza, se aprecian en el horizonte, enmarcados por la cenefa de la bruma, los cerros de la Salud, pero allá están, presentes siempre.

Tiene el Santuario de Nuestra Señora de la Salud de Barbatona ese aire de fresca que recuerda la tierra fría que pisamos y que, a pesar de todo, se calienta con nuestros pasos.

José María Berlanga, con Labros presente siempre en la memoria, nos diría la misa de acción de gracias. Unos días antes me ofreció el inigualable marco de las Calatravas Reales para ofrecer una misa por mi madre, recientemente fallecida. Atienza presente en las Calatravas de Madrid. Ante el pairón me preguntó si mi madre era devota de la Virgen de la Salud, era muy devota de la Virgen de la Salud, y allá acudió, junto a mi padre, en mul-

titud de ocasiones. Por cierto, mi padre, como en aquella ocasión de hace 46 años, nos acompañaba a Sigüenza.

José María me dijo que la misa la ofrecería por mi madre. Y así lo hizo.

El Santuario de Nuestra Señora de la Salud tiene ese aire místico que a todos nos recuerda algún pasaje de la infancia; y Gaudencio García, entre otros, como Hermano de la Cofradía, quiso estar presente en el acto. Gaudencio es uno de esos amigos que la Casa tiene esparcidos por la provincia, con la mirada siempre puesta en su hermana, la beata de Mochales, sor María Teresa del Niño Jesús. Y por allí aparecieron otros amigos con ánimo de sentirse entre nosotros en tan magnífica jornada, entre los que estaban nuestro Javier Sanz Serrulla, paisaje y palabra de la Sigüenza eterna.



Tras la misa no podía faltar el abrazo a la Patrona del Santuario, a Nuestra Señora de la Salud. Se nos abrió el camarín de la Virgen para que pudiésemos acceder a ella, y pidiéramos, como bien dijo nuestro párroco, el milagro, si es que en ellos creemos.

Apareció, tampoco podía faltar con su aire de sencilla misticidad, el arcipreste del Santuario, un trillano reconvertido en seguntino, monseñor Félix Ochayta Piñeiro, para desearnos todo lo mejor. Y ciertamente, lo